

LA FUNCIÓN DEL 2 DE ABRIL DE 1891.



I.

Declaro que con satisfacción emprendo la labor, si bien en breves conceptos, de noticiar á mis conciudadanos, y aun á los de afuera, la definitiva organización del ATENEO DE QUITO, en la pública y solemne instalación efectuada el dos de Abril del año que corre. Pensamiento fué éste que se mantuvo latente durante años pasados; después, en confianza y con el carácter de privado, existió un como *pequeño Ateneo* formado por seis amigos literatos. Y aun este reducido recinto de las letras tuvo que disgregarse, impelido por la ola revolucionaria que alcanzó también á los que formaban aquella agradable sociedad.

Pero el acontecimiento de hoy es la realización definitiva de la predominante aspiración de nuestra inteligente y laboriosa juventud, merced al generoso esfuerzo de dos recomendables jóvenes, cuyos nombres debo hacer constar aquí: D. Carlos M. León y D. Vicente Pallares Peñafiel. La constancia de ellos aceleró el tiempo, y de allí la gran fiesta que congregó á la parte más culta y distinguida de la capital, en punto á ciencias, artes y bellas letras.

La fecha que dejó apuntada ha de conservarse en la historia literaria de la Patria para valorar el grado de

cultura y de adelantamiento que ella haya alcanzado en una época dada. El criterio de la historia, para abrir juicio sobre el progreso científico y literario de una nación, ha de considerar los antecedentes de ella, relacionados con su existencia, forma de gobierno, situación topográfica, índole y costumbres de sus habitantes. De otro modo y con distinto proceder del indicado, ¿cómo poder apreciar, en justa medida, la civilización de un pueblo? ¿Cómo caracterizar la viril energía de sus habitantes ó su indolente inacción y su ignorancia? Concretándonos á nuestro país, y para conocer cuánto hemos avanzado, hay que traer á cuenta, que apenas llevamos algo más de media centuria de constituir nación independiente y libre, y que las revoluciones frecuentes han sido grande estorbo para nuestro progreso. Lo sorprendente es que en tan corto período de vida para un pueblo, hayamos visto desarrollarse prodigiosamente grandes elementos de riqueza, de cultura y de público bienestar. La función del 2 de Abril es manifestación elocuente del adelanto á que hemos llegado. Bien, pues, por la Patria.

Y ya que evocamos tan dulce nombre, bueno será que hagamos constar, que la Patria no es palabra vana y sin sentido para los ecuatorianos, y de la cual no se tenga cabal idea. Algunos habrá, en verdad, para quienes se halla circunscrita á estrechos límites la palabra *Patria*; á éstos, pues, diremos que la *Patria* no es solamente la ciudad donde vivimos, ni el río y el campo que guardan nuestros más queridos recuerdos juveniles; ni la constituyen sólo la familia, los amigos y los afectos íntimos á ellos vinculados. Todo esto ciertamente forma parte, y muy principal de la Patria; pero lo que completa esta gran personalidad, es la sociedad en que vivimos y el gobierno que nos hemos dado. Así, es la tierra que nos sustenta y la sociedad que frecuentamos;

el aire que respiramos y la autoridad que nos gobierna, el centro de nuestros afectos y el paraje en que están vinculados nuestros más gratos recuerdos. De aquí que el amor á la Patria en todo hombre bien nacido tenga tal intensidad y tal atracción, que se sobreponga á cualquiera otro afecto, por grande que sea, y nos ponga aptos para sacrificar por élla nuestros más caros intereses, y aun la vida misma, poseídos de ímpetu noble y generoso. Llevemos, pues, nuestro culto á la Patria hasta la adoración, que ella es nuestra madre, y tan llena de amor y de ternura para con nosotros, como la adorada mujer que nos llevó en sus entrañas, dándonos parte de su sér. Cundiendo estas y análogas ideas en la sociedad ecuatoriana, habrá grandes elementos de bienestar general; nuestros pueblos, dignos y altivos, tendrán esfuerzo para toda difícil empresa y ánimo fuerte y levantado para sobrellevar las pruebas y vicisitudes de la existencia, ¡Con cuánta ternura exclama el poeta más conocido y estimado entre nosotros, invocando á estas dos madres:

“Si nos faltáis vosotras, ¿qué nos queda?

Dios en el cielo, y en la tierra nada!”

Lo que más importa para obtener los grandes fines del Ateneo, es hacer de nuestra labor un ministerio de enseñanza, que comprenda desde la escuela hasta la magistral cátedra de las universidades y academias. Enseñemos la religión y la filosofía, la moral y la política; los principios que constituyen la vida social y las bellezas y embelesos del arte; y esta enseñanza, que debe comenzar en el hogar de la familia, se estentará después en la cátedra y en el foro, y así nuestros pueblos se ilustrarán, llegando á ser leales defensores de sus derechos y prerrogativas. Porque es gran deber para las clases

ilustradas, no sólo adoctrinar, sino, con el ejemplo, con la práctica, obligar á seguir las ideas de religión, de moral y de política, únicas salvadoras de la sociedad moderna, tan combatida por la demagogia y el descreimiento que se andan soberbios y triunfantes en muchos pueblos. Estoy con quien afirma, que *la política es una función moral, sobre todo; una demostración perenne é incesante, por medio de hechos, de la eficacia del orden espiritual y moral de la vida de los pueblos.*

Esperamos con acabada confianza que del Ateneo—que con voluntad é incontrastable esfuerzo ha comenzado sus múltiples labores—surgirá rico y abundante caudal de ciencia y de entusiasmo, de virtudes cívicas y de grande amor á lo bueno, á lo bello y á lo justo que, cual benéfica lluvia, se extenderá por los ámbitos de la República. El terreno se halla preparado y los obreros alistados; procedamos, pues, á sembrar estas saludables ideas que, germinando vigorosas, arraigarán en los pueblos, y tendrán tanta duración y vida, cuanta sea la de éstos.

II.

Viniendo ya á la función de la noche del 2 de Abril, diré, que todo en ella fué magnífico: música, discursos, concurrencia y boato. Los suntuosos y grandes salones del Congreso, que para el caso habíase separado las divisiones, estuvieron lujosa y profusamente adornados. Veinte arañas de cristal que colgaban de la techumbre y otros tantos candelabros colocados, unos sobre las mesas y otros clavados contra los muros, derramaban torrentes de luz que, reflejada sobre los cristales, la devolvían éstos multiplicándola. Cuadros, festones, colgaduras y otros adornos completaban la decoración. La concurrencia de señoras y caballeros excedía del número de seiscientos. La función, que comenzó á las ocho de la

noche y terminó á las once y media, se sucedió en todo conforme al programa que se repartió al principiar aquella (1). Raro será volver á hallar un conjunto tal de belleza y esplendidez, de novedad y de gracia.

A la derecha de la entrada principal, en la parte de arriba y en el centro del salón, se hallaban tres sillones ocupados por el Excmo. Sr. Presidente de la República, el Presidente y Vicepresidente del Ateneo. Concluído el *Himno Nacional*, el Sr. Presidente tomó la promesa á los socios concurrentes y luego, de pie, y desde su asiento, leyó con voz clara y apropiada entonación el discurso que aquí encontrarán nuestros lectores. La amistad, diré más, la fraternidad de aficiones y propósitos que me ligan á Mera, desde 20 años atrás, prohíbenme manifestar aquí las bellezas de su discurso; no quiero que injustas ó temerarias opiniones me achaquen parcialidad. El criterio del lector ilustrado sabrá valorar en cuanto se merece esta producción del conocido autor de Cumandá.

Tendría que presentar análoga excusa á la anterior, si intentase elogiar dignamente la producción del reputado literato y jurista de nota, Sr. Dr. D. Julio Castro. Cier-

(1). El programa acordado por la Comisión respectiva, y que se efectuó en todas sus partes, fué el siguiente:—*Ateneo de Quito*.—*Instalación solemne*.—*Velada del 2 de Abril de 1891*.—*Himno Nacional*, por la Orquesta.—Discurso del Sr. D. Juan León Mera, Presidente del Ateneo.—*Fantasia sur Lucie de Lamermour de Donizetti* por E. Prudent, ejecutada en el piano por la Señorita Doña Victoria Villagómez.—*Vals Ateneo*, compuesto por el Maestro Aparicio Córdova y ejecutado por las Bandas Militares.—*Air Tirolieu. Valse pour le violon avec accompagnement de piano* por Henry Panofka, ejecutado por los Sres. Amable Carlos Ortiz y Aparicio Córdova.—Discurso del Sr. D. Miguel Valverde, Secretario de la Sección de Ciencias Naturales, Físicas, Médicas y Matemáticas.—*Zehn Maedchen und Kein Mann*, de Franz von Suppé, por la Orquesta.—*Ungarische Lustspiel—Ouvert. de Suppé*, por las Bandas Militares.—Discurso del Sr. Dr. Julio Castro, Vicepresidente del Ateneo.—*La Milanese, Fantasia, pour piano* por H. Rosellen. Pieza ejecutada en el piano por la Señorita Doña Genoveva Zaldumbide.—*Leichte Cavallerie*, de F. v. Suppé, por la Orquesta.—*Robinson Crusoe. Fantasia de Sellenik*, por la Banda de la Artillería de Campaña.—*La Sonambula. Fantasia brillante* por J. Leibach, tocada en el piano por la Señorita Doña Rosa Elvira Tola.—Poesía del Sr. D. Leonidas Pallares Arteta, miembro de la Sección de Literatura y Bellas Artes.—*Ouverture Comique*. Kéler-Bela, por la Orquesta.

to que el cariño y la cordial amistad son estorbo para expresar con lisura las prendas y excelencias del amigo, en situaciones como la mía; pues juicios desnudos de sana intención atribuyen á favor ó á lisonja lo que es pura expresión de la verdad.

El patriótico discurso del Sr. D. Miguel Valverde estuvo á la altura de las ciencias de que habló y del ilustrado concurso que le escuchaba. Con la conciencia de hombre de bien y de ánimo levantado, supo arrancar de su mente altos y oportunos conceptos, expresados con frase atildada y con pulcra y adecuada entonación. Bien merece la obra los repetidos aplausos con que fué acogida por tan respetable auditorio.

La poesía del Sr. D. Leonidas Pallares Arteta tiene mucho mérito. A la alteza de la concepción, ideas magníficas y lenguaje correcto, dió mayor realce á la obra una declamación grave, pausada y armoniosa, cual convenía al metro que se había empleado. El público la aplaudió con entusiasmo varias veces. El Sr. Pallares ha comprendido que la fuente de lo bello y de lo bueno ha de buscarse, antes en el corazón, que no en los sentidos, y que, dando culto al genio y prestando fiel obediencia á los eternos é inmutables principios del arte, fulgura cuanto majestuoso y grande, cuanto bueno y hermoso se halla por las veredas de la tierra. La excelencia del arte estriba en que, partiendo desde lo recóndito del corazón humano, se eleva hasta las inconmensurables y serenas regiones del espíritu, y allí sorprende los misterios de la humanidad, y conoce la bondad y belleza que residen en el alma, junto con los portentos del universo creado. Con esta noble tendencia de nuestros poetas, mejorará el gusto y quedarán establecidos los inmutables principios de la buena educación literaria y artística. El Ateneo de Quito, favorece grandemente el propósito, junto con el apoyo decidido que le prestan las autoridades y los más reputados li-

teratos y artistas del país. Así, no se tardará el día en que de este recinto salgan esplendorosas y suaves las ideas y principios de verdad y bondad, belleza, justicia y amor patrio, que donde tales ideas son conocidas y practicadas, imperan el orden y el público bienestar. Nuestros pueblos aspiran á fin tan grande; tienen hambre de saber, ansia de civilización y de cultura. Abrámosles ancha y cómoda senda para que estas laudables disposiciones tengan fácil y segura expansión; eduquemos su entendimiento, vivifiquemos su corazón con las enseñanzas de la moral austera y de la sana política.

La gran enfermedad del alma ha sido siempre la insensibilidad y la indolencia, engendradoras de todo linaje de vicios, y es cosa sabida que el mundo es patrimonio de los caracteres enérgicos, de la fructuosa é incesante labor de las fuerzas intelectuales y físicas del hombre, y sólo á estos antecedentes son debidas las grandes conquistas de la humanidad al correr de los siglos.

Para poner término á nuestra sucinta relación, diremos que lo que más embelleció la función de que venimos hablando, fué la música. Sí, la música, esta hija del cielo bajada para el embeleso de los mortales que, con el simbolismo de los sonidos y con fuerza íntima, espiritual y expansiva, nos revela la eficacia y poderío de las humanas pasiones; la música, que nos levanta, nos mejora y entusiasma con sus dulces y fantásticas armonías, con sus nostalgias del espíritu y sus ensueños arrobadores y celestiales.⁹ Y cuando es producida por las delicadas manos de una mujer, en quien predominan el sentimiento, la hermosura y la posesión del arte, crecen nuestro entusiasmo y nuestro gozo.

En la mujer virtuosa, joven y bella hay siempre algo de divino y mucho que no pertenece á la tierra. De aquí ese como culto, respetuoso, y encendido que sentimos por

ella y que lo manifestamos cuando la ocasión nos es propicia; pero nunca con las palabras del mezquino lenguaje humano se alcanza á pintar ángeles, ni siquiera seres que, por lo bello, por lo delicado y vaporoso, son como la realidad de un ensueño de poeta en la primavera de la vida.

Estas y análogas ideas se nos agolparon á la mente cuando vimos á las señoritas Victoria Villagómez, Rosa Elvira Tola y Genoveva Zaldumbide arrancar del piano magníficas armonías que arrebataron de entusiasmo y admiración á aquella numerosísima concurrencia. Las señoritas nombradas, en sus fisonomías tranquilas, pudorosas y atractivas, revelaban la pureza que hace pensar en los ángeles y que obligan á cuantos conozcan y sientan la estética de lo ideal, de lo intangible, de lo espiritual, á presentar una especie de culto, mezcla misteriosa de temor, de afán, á la vez que de respeto.

Fué digno premio á la habilidad y al mérito de las señoritas Tola, Villagómez y Zaldumbide las sendas medallas de oro, artísticamente cinceladas, con que el Ateneo las recompensó.

Faltaríamos á un deber de justicia y de reconocimiento, si no declarásemos que el entusiasmo y actividad de nuestro distinguido artista, señor D. Aparicio Córdova, fueron parte principal para que estuviese tan brillante el desempeño de la magnífica orquesta por él preparada. La correcta ejecución en el violín, por el estimado joven, Sr. D. Amable C. Ortiz, de unas hermosas variaciones, con acompañamiento de piano, fué muy aplaudida.

En suma, repetiremos que será cosa difícil volver á hallar un conjunto tal de belleza y esplendor, de magnificencia y gracia, como el que tuvimos en la *Velada del dos de Abril del año que corre*.

Quito, Abril de 1891.

ROBERTO ESPINOSA.

DISCURSO

DEL SEÑOR D. JUAN LEÓN MERA,

PRESIDENTE DEL ATENEO.

cuantos se han inscrito en el Ateneo quien ignore qué la fuerza de voluntad, propia del hombre moralmente bien constituido, y el método y orden en los estudios, vencen las mayores dificultades y coronan grandes empresas; y la viril pujanza del ánimo vuestra es, y vuestro el anhelo vehemente de honrar á la patria por medio del trabajo intelectual; y el orden y el método necesarios para hacerlo frutífero, ahí están en nuestros Estatutos y Reglamentos. Ved, pues, asegurados la vida y el buen éxito de la nascente asociación.

Hemos dividido el Ateneo en tres grupos que, conservando rigurosa unidad en cuanto á la organización general y á las reglas comunes indispensables para la vida y el desenvolvimiento ordenado y fecundo de la Academia, están, sin embargo, dotados de bastante independencia para que los miembros que los componen trabajen en aquello á que los impele natural afición y en lo cual, en sus estudios escolares y universitarios, han ejercitado ya las facultades de su inteligencia. En el primero tienen cabida las Ciencias naturales, físicas, matemáticas y médicas; en el segundo las Ciencias religiosas, morales, políticas y jurídicas; en el tercero la Literatura y las Bellas Artes.⁹

¡Ah, señores! ¡qué campo tan extenso y tan hermoso para las indagaciones y las luchas del pensamiento humano lanzado á la conquista de la verdad y del bien! Aquí las Matemáticas, de cuyo imperio está inexorablemente excluido todo lo incierto y dudoso; aquí la Astronomía que se eleva

ellas el espíritu y el corazón del hombre, y buscar los orígenes del mal moral para combatirlo y expulsarlo del individuo, la familia y la sociedad. ¡Benditas sean esas Ciencias y reciban en nuestro Ateneo el culto que merecen! ¿En qué debe consistir este culto? En estudiarlas y en procurar que los frutos del estudio que las cosagremos no queden encerrados en los dominios de la teoría, sino que, traídas á la práctica, influyan en las costumbres, en las leyes, en el gobierno; en todas las relaciones sociales, en todas las manifestaciones de la vida del hogar y de la vida pública de los ecuatorianos. Allí, en esa Sección, segunda en el orden establecido en el Ateneo y primera en atención á su importancia trascendental, tiene su asiento la Política: la Política como conjunto de ciencias nobles y utilísimas, no como manifestación de la existencia y las aspiraciones de los partidos, en cuyas entrañas las más de las veces germinan y se desarrollan la ambición y el egoismo que matan, y no el amor patrio que salva los intereses de los pueblos y los aumenta y asegura para lo porvenir: allí las Ciencias políticas cuyo estudio nos lleve al mejoramiento de la Constitución y las Leyes, al conocimiento y práctica del verdadero sistema republicano democrático, á la creación del Gobierno hijo de la ley y de la voluntad popular cumplidora de la ley,—Gobierno honrado, enérgico, activo, fiador y guardián de todas las garantías é impulsor de todo progreso sensato y, como sensato, verdadero; estudio que afirme el orden fundado en el ejercicio de los de-

rechos legítimos, y en el cumplimiento estricto de todos los deberes, y en la moral severa de las costumbres. Allí, por último, en esa Sección, las Ciencias jurídicas. ¡Oh, cuán útiles son éstas y qué extenso su dominio! Las Ciencias jurídicas significan los derechos bien comprendidos, las leyes bien aplicadas, la garantía segura de la propiedad, la honra y la vida, el castigo del crimen, la salvación de la inocencia; significan la acción de la mano de Dios mismo que ordena la sociedad y defiende sus intereses por medio de la justicia humana, que es reflejo de la propia justicia de Dios. Estudiémos esas Ciencias para que podamos sentarlas en trono de oro en medio de nuestros tribunales. Tenemos jurisconsultos eminentes, altísima honra del foro ecuatoriano; pero aumentemos su número para que adquiera más bríos y sea más respetable ese cuerpo de los Levitas del derecho y la justicia, y no consienta nunca que se acerquen al arca santa que se le ha confiado los vampiros del lucro y el monstruo de la injusticia que incinensa al ídolo del respeto humano.

¿Y qué os diré, señores, qué os diré de la Literatura y de las Bellas Artes, que son objeto de la tercera Sección del Ateneo? No debería decirnos nada, porque no hay entre vosotros uno solo que no sepa lo que son y cuánto valen, y que no las ame con entusiasmo, y que no las aplauda, y que no se deleite con sus frutos. En la Literatura y las Bellas Artes, como ya se ha dicho muchas veces, se refleja principalmente la cultura de los pueblos. Nación en que ellas no tienen altares

y adoradores, no es nación civilizada. La gloria de las Letras y las Artes es la gloria pacífica de los pueblos, y esa gloria se asemeja en cierto modo á la vida feliz y eterna de las almas: quando la materia perece y se disuelve, el alma triunfa en las regiones de lo infinito, y así también cuando las naciones caen y desaparecen, la gloria conquie las coronaron las Letras y las Artes queda bañando eternamente en luz divina su memoria. Ved esa gloria suspendida todavía cual astro esplendoroso sobre el cadáver ambulante del pueblo hebreo, sobre las cenizas de la Grecia, sobre el despedazado sepulcro de la antigua Roma, sobre los miserables restos de la India. El estudio de la Literatura y su aplicación práctica, no sólo son necesarios, sino precisos. Hay muchos otros ramos del saber humano que constituyen también la alteza, poder y valía de las naciones que llamamos civilizadas; pero ¿cuál de esos ramos puede prescindir de la Literatura? Ninguno, porque ella los acaba y valoriza á todos. No traigamos á cuento la Historia, que recoge el acervo de las enseñanzas de las generaciones muertas para utilidad de las vivas; nada diremos de la Poesía, la inmortalizadora de los héroes y las hazañas gloriosas, la única que tiene lengua capaz de expresar sin menoscabo los pensamientos más sublimes y los afectos más tiernos y delicados, la única que satisface al corazón cuando quiere aliviar sus dolores, y al alma cuando quiere departir con Dios; olvidemos la Novela que, bien comprendida y manejada por ingenios sabedores que no fué inventada

para corromper, sino para sanear y ennoblecer las costumbres, merece amor y acatamiento; pero consideremos la Literatura en sus relaciones íntimas con la vida práctica, como el *panem quotidianum* de toda clase social, de toda profesión y de toda circunstancia: quien no quiere pasar por ayuno de toda cultura en sus conversaciones, ha de pedir el auxilio de las reglas literarias; quien desee soltar el pensamiento por medio de los labios para que lo recojan Dios ó sus Santos, ha de darle forma literaria; cuando la razón y la ley luchan en defensa del derecho, á la literatura han de acudir para ser elocuentes y persuasivas y vencer; la medicina, me atrevo á decirlo, señores, no sólo tiene que embellecer con formas literarias sus tratados científicos, sino que, si quiere ser bien comprendida, ha de redactar literariamente hasta el plan curativo más simple, hasta una receta. ¿Escribis una carta? forjais la minuta de un documento? aconsejais, mandais, reprendeis? Allí, para todo la Literatura, si no quereis desatinar, si quereis que obre con certeza vuestro pensamiento, si quereis trasladar á otros corazones el fuego de los afectos del vuestro.

Las Bellas Artes se dividen con las Bellas Letras el imperio de la inteligencia y del corazón humano. Unas y otras son igualmente poderosas. ¿Quién, decidme, quién resiste á la magia de la Música, que en otros tiempos movía hasta las rocas, arrebatava tras sí los árboles, domaba las fieras y quebraba el cetro del monarca de averno? ¿Dónde está el alma fría é indócil á l

armonía de los sonidos y á la interpretación, por medio de ellos, de las ideas, de los sentimientos, de toda la vida espiritual del ser humano? ¡Oh! cuán grande es el poder de las infinitas voces de la naturaleza convinadas y perfeccionadas por el arte! Nos alegra ó entristece; aviva nuestros afectos; si estamos iracundos, nos amansa; si caídos de ánimo, nos levanta; si temerosos, nos alienta y lleva hasta el heroísmo; si amodorrado nuestro espíritu para las cosas supramundanas que tanto le importan, el poder de la Música le sacude y despierta y arrebatada en vuelo ascendente y maravilloso lejos de los términos de lo material, á regiones más bellas y luminosas que las de la naturaleza visible, le hunde en lo infinito, le acerca á Dios. ¡Y la Pintura! y la Estatuaria! ¡y la Arquitectura! Tres reinas con almas de genio, ante las cuales se descubren reverentes los pueblos civilizados. La una con unas cuantas líneas habilmente trazadas y la combinación infinita de los colores que pide á la naturaleza, fija en la tela la vida de esta misma naturaleza; la otra toma en sus manos la madera, el mármol, el bronce, y las anima; sí, las anima con el aliento del Arte, y, como su hermana la Pintura, engaña y seduce nuestros sentidos y señorea nuestro corazón y nuestra inteligencia. Pintura, Escultura: artes maravillosas que á veces sobrepasan á la naturaleza, pues buscan modelos en el imperio de las ideas, penetran en el cielo y traen á nuestra vista asombrada bellezas que es imposible encontrar en el mundo material. ¿Y la Arquitectura? Soberbia

competidora de los montes y las selvas, la Arquitectura no se contenta con sólo la belleza, y gusta de Hermanarla con la sublimidad. Para ella es poco satisfacer el orgullo de los reyes y los poderosos dándoles magníficos palacios; es poco verse solicitada por la Pintura y la Escultura para que dé á sus obras asilo digno de ellas, y, atrevida, levanta suntuosas moradas para que Dios mismo descienda á vivir bajo sus cúpulas y á recibir la adoración que le debe toda humana criatura.

Pero me he extendido por demás en este discurso y talvez, señores, os he traído á punto de aburríros. Es preciso terminar.

El entusiasmo ha enardecido mi alma, y al poner fin á esta mal pergeñada oración, se forja mi mente un cuadro que quisiera yo fuese visible á todos vosotros: allí, sí, allí á la entrada de nuestro Ateneo, imagino que estoy viendo un ángel de fisonomía austera y amable á un tiempo, y que veo su noble ademán y oigo su voz imperiosa que dice: "Yo cuido este templo de las Ciencias, la Literatura y las Artes; aquí no se consiente nada que perturbe su tranquilo culto. Idos lejos de este recinto sagrado, pasiones políticas que agriais los ánimos, cegais y ensordeceis á los hombres, y haceis dela inteligencia misma, desvirtuándola, un obstáculo de la cultura social; atrás, desconfianzas y celillos; atrás, pueriles quisquillas indignas de la gente seria; atrás, flojedad de ánimo, enemiga del trabajo y sepultadora del ingenio; atrás, inconstancia que encadenando á medio camino el progreso, haces que se malogren sus felices prin-

cipios y le cierras el porvenir. Pero venid acá, tomad posesión del Ateneo del Quito, orden y armonía, paz y fraternidad, pundonor, generosidad, perseverancia, y hasta tú abnegación, y hasta tú, sacrificio, pues sois indispensables en las grandes empresas de los hombres."

¿Oísteis, compañeros? Sí, sí lo oísteis, y la voz del Ángel tutelar del Ateneo, no lo dudo, quedará resonando en el fondo de vuestras almas como la voz de una ley sagrada, como la voz de vuestra propia conciencia.

CONCLUÍ.

DISCURSO

DEL SR. D. MIGUEL VALVERDE,

SECRETARIO DE LA SECCIÓN DE CIENCIAS NATU-
RALES, FÍSICAS, MÉDICAS Y MATEMÁTICAS.

DISCURSO

DEL SR. D. MIGUEL VALVERDE,

SECRETARIO DE LA SECCIÓN DE CIENCIAS NATURALES,
FÍSICAS, MÉDICAS Y MATEMÁTICAS.

SEÑOR PRESIDENTE; SEÑORES:

EN la escogida sociedad de los individuos llamados á formar el ATENEO DE QUITO, el único que pudiera ser mirado como cuerpo extraño á la organización de un instituto científico, literario y artístico, ha recibido el honroso encargo de hablar, en esta fiesta hermosa y solemne, con el carácter de representante de la Sección de Ciencias naturales, físicas, médicas y matemáticas; por lo cual, á nadie sorprenderá que mis palabras no correspondan bien á su objeto propio, puesto que soy el oscuro refractor de un foco luminoso y hago aquí el oficio de la modesta mensajera de la luz solar, cuando se hace visible en el oriente, porque el sol ha dejado ya de deslumbrarnos con su presencia. Y en esta que parece desatinada elección, me considero como un símbolo. En la naturaleza lo pequeño es origen de lo grande. La bellota contiene en germen á la gigante encina y los zoospermos al hombre. Y sobre el indeciso génesis de la idea que fluctuaba entre la fugaz inspiración y la

conciencia plena del primero que concibió la posibilidad de esta obra, cuya ilusión naciente pudo desvanecerse como tantas otras y cuyos fundamentos establecemos hoy sólidamente, imagino ver levantarse, al través de las nieblas del futuro, un templo grandioso y elevadísimo, donde las subsiguientes generaciones, más racionales cada vez y más adelantadas, vengan á beber raudales de ciencia y de virtud, como acudieron las antiguas á las escuelas de Atenas, de Roma y de Alejandría, y como van las modernas á los colegios y universidades de Francia, de Inglaterra y de Alemania.

No es posible determinar con exactitud el rango que ocupamos, como nación y como raza, entre los pueblos dotados de progresivas energías; pero por mucho que relativamente sea nuestro atraso intelectual, moral y material, debemos reconocer que éste es efecto de circunstancias graves y excepcionales, fatalmente incorporadas al confuso embrión de nuestras históricas transformaciones, y no nunca consecuencia de ineptitud orgánica ó degeneración irremediable. Y si tanto hermanan los estrechos vínculos de la sangre, de las creencias, del carácter, de la educación, del idioma, y aun de la desgracia, y hasta de una gran parte de la común historia, igual ha de ser nuestro destino al de las demás naciones latinas esparcidas en el continente americano, y debemos esperar que un día no muy remoto llegaremos como ellas al más alto nivel, en el movimiento general ascendente de la familia humana.

Para evitar el descaecimiento y el marasmo,

precursores de muerte prematura; para vencer nuestra apatía natural y nuestra veleidad é inconstancia habituales; para obtener las conquistas que faciliten y aseguren la brotadura vivaz y el crecimiento continuo de tantos y tan vigorosos elementos favorables como los que existen en estado latente en el seno de nuestras poblaciones adormecidas; para alimentar y activar la llama del entusiasmo en los corazones generosos de nuestra juventud inteligente y ardorosa: centros como éste, focos de movimiento, de calor y de luz, más que eficaces medios auxiliares, son indispensables potencias generativas; polos magnéticos de las opiniones, divergentes antes y convergentes después á un solo objeto noble y filantrópico; laboratorios en que se combinan las ideas; fraguas donde se forjan los grandes ingenios benefactores y se encienden los astros que iluminan el mundo de la Ciencia.

Como todos los pueblos viriles, en su infancia, nuestro temperamento es móvil é irascible y somos esencialmente soñadores é idealistas. Consumimos el tiempo en teorías vanas y en discusiones estériles; quemamos nuestra robusta savia intelectual en el fuego de nuestras apasionadas intolerancias, y arde nuestro entusiasmo como la pólvora inflamada en campo libre, que torna en humo su prodigioso cúmulo de fuerzas.

Tal es nuestro carácter.

Las ciencias naturales, las artes útiles, las enseñanzas prácticas, muy descuidadas é imperfectamente conocidas entre nosotros, no han fundado

una escuela ni logrado aclimatarse en nuestra hermosa y adorada patria.

Tenemos eminentes médicos, ilustrados jurisconsultos, eruditos literatos é inspirados poetas. Tenemos pintores y escultores, cuyas creaciones espontáneas sorprenden á los artistas europeos. Tenemos, aun en las clases más humildes de nuestro pueblo, grandes, asombrosas inteligencias, sin ciencia y sin cultura: verdaderos genios, tan audaces como impotentes, tan dignos de protección y aprecio como oprimidos y despreciados. Tenemos escuelas y liceos, colegios y universidades, academias y bibliotecas públicas, y gastamos no poco dinero en enseñar sin método y educar sin estímulos ni ejemplos.

Y el resultado positivo y evidente, después de todo, es que, ampliando la apreciación que de nosotros hizo el barón de Humboldt hace casi un siglo, vivimos todavía pobres en medio de tantas riquezas, ignorantes en medio de tantas enseñanzas y contentos en medio de tantos peligros. Y si los días del renombrado sabio se hubieran prolongado hasta los nuestros y él viniera otra vez á visitarnos, dirigiría sus miradas de compasión, no sobre nosotros, sino sobre este privilegiado suelo fecundísimo, tan estéril y pobre en nuestras manos.

No es necesario ni oportuno citar ahora numerosos hechos, que todos conocemos. Basta mencionar dos manantiales de riqueza agotados: el caucho y la quina: productos nobilísimos que por sí solos constituirían para los ecuatorianos una mina más rica que las auríferas de California,

una fuente perenne de bienestar y de abundancia, si esos preciosos vegetales, que formaron bosques seculares, no hubieran sido impiamente arrasados, y si al contrario se hubiera cuidado de conservarlos y cultivarlos con esmero.

Tenemos levantados caracteres, incorruptibles é inflexibles como el corazón marmóreo de la más estimada de nuestras palmeras orientales; ancianos ilustres, cuyas vidas resplandecen más puras que la nieve de sus cabellos, y adolescentes, enamorados de la gloria, aptos para el combate y el martirio.

Como el más joven y el más arrogante de los generales que batallaron por nuestra independencia, hemos sido pródigamente favorecidos con un ingente caudal de virtudes y bellezas: pero, como á él también, nos falta juicio.

Tenemos muchos poetas y pocos sabios; muchos reformadores teóricos y pocos hombres prácticos. Preferimos la paleta y la lira, cuando no el ocio enervante y corruptor, y desdeñamos casi el arado y el azadón, el compás y la brújula.

Deificamos á Olmedo, y olvidamos á Velasco, á Solano, á Maldonado y á Villavicencio.

No es que yo intente, señores, menoscabar el mérito y oscurecer la gloria de nuestros insignes vates y famosos artistas, y menos desterrar á los poetas, como lo exigía Platón para complemento de su admirable utopia. El excelso discípulo del más grande de los filósofos se equivocó sin duda cuando fijaba sus ojos en Esparta y exageraba las virtudes características de ese pueblo inimitable;

puesto que pretender formar un modelo social sin poesía, fuera tan absurdo, como querer eliminar las flores del reino vegetal, con el fin de obtener mejores frutos; y el mismo Platón, para ser consecuente con su doctrina y excluir de su soñada República todo sentimiento poético, ya que no pudo prescindir de la mujer, poesía toda ella y poesía por excelencia, se vió en la triste necesidad de presentarla desnuda, sin pudor, sin gracia, sin ternura y sin belleza: mujeres contrahechas; mujeres transformadas en guerreros membrudos y madres feroces.

Juzgo, al contrario, que el cultivo de la Literatura y de las Bellas Artes es parte esencial de la educación de todo pueblo civilizado, y que el amor á lo Bello, por la belleza misma, base es y sustancia del conocimiento de lo Verdadero; siendo lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno como tres aspectos de una sola idea, los que, en la visión interna del pensador, en un aspecto solo se confunden.

Orfeo y Homero, espléndidas auroras, preceden á Pitágoras y Euclides, y es Dante Alighieri quien abre con llave de oro las puertas del Renacimiento.

Si allá, en las selvas amazónicas, donde moran, salvajes y desconocidos, los hermanos del záparo y del jíbaro, pudieran producirse de pronto y espontáneamente las dulces melancólicas notas de la *quena* americana, no vacilaría yo en asegurar que en aquella tribu errante y primitiva se había encendido al fin, después de innumerables siglos, la chispa de la racionalidad, y que comenzaba pa-

ra ella el primero trabajoso período de su progresivo perfeccionamiento.

Y en cuanto á nosotros, que nos hemos destrozado como los chacales y que hemos cantado como los jilgueros; tiempo es ya de que tratemos de levantarnos, con el poderoso vuelo de los cóndores, á las más altas regiones á que ha podido llegar la infinita aspiración del pensamiento humano; y, ensayándonos á entrar, siquiera sea tímidamente, en la edad de la razón; dando una nueva y atinada dirección á los ímpetus febriles de nuestra sangre y de nuestros nervios, nos dediquemos seriamente al estudio de la magna inmutable naturaleza y nos esforcemos en aprovechar nuestras propias facultades, para vigorizarlas, aumentarlas y aplicarlas á la explotación de los inmensos tesoros que contiene aun nuestro opulento territorio.

Para concluir, permítaseme una manifestación, que es sencillamente un acto de justicia.

Frecuentemente se dice que no hay hombres necesarios; como si no fuera necesario todo lo que existe, desde la molécula invisible hasta el sol, desde el monstruo más abominable hasta la belleza ideal divinizada por el arte.

Rechazo, pues, tan infundada doctrina, y sostengo que no sólo hay hombres necesarios, sino que los hay también indispensables. Indispensables, relativamente á un objeto dado, por supuesto.

Los soldados de la gran Colombia fueron todos ellos necesarios; Bolívar fué el alma, el supremo factor la causa *sine qua non* del éxito mara-

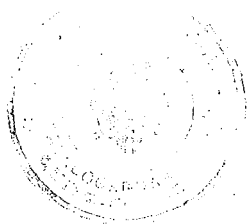
villosos de la más sublime epopeya del Nuevo Mundo.

Aquí, en medio del escogido concurso que me escucha, se halla un jóven, verdadero dechado de raras é inestimables prendas; culto, fino, modesto, delicado, bueno, generoso, magnánimo, inteligente, ilustrado; entusiasta por todo lo grande; admirador de todo lo bello. Me complazco en elogiarle, porque le reputo digno del aplauso de los hombres buenos y sinceros. Sin él, no estaríamos ahora reunidos en esta sala, en la que primorosamente lucen tantos talentos y beldades tantas; sin él, sin su decidido apoyo moral y material, el ATENEO DE QUITO no existiría. Con esplendidez y naturalidad extraordinarias, él ha cedido, para hacer efectivo este proyecto afortunado, su casa, sus muebles, su biblioteca, selecta colección de más de dos mil volúmenes; y no satisfecho con haber provisto los elementos esenciales á la existencia de esta provechosa institución, él ha sido el apóstol más ardiente de la idea feliz que da un nuevo florón á la diadema de la clásica reina del Pichincha; él ha sido el obrero más activo en la erección de este monumento consagrado á la Literatura, las Ciencias y las Artes; él es el autor de esta obra, magna desde sus cimientos, y que ojalá crezca rápidamente y sin obstáculos, bella y radiante como la ve impaciente mi deseo, útil y fecunda como el pensamiento de su liberal Mecenaz.

Señores: presento á la gratitud pública al señor doctor D. Carlos Manuel León, Secretario del ATENEO.

HE DICHO.

DISCURSO
DEL SR. DR. JULIO CASTRO,
VICEPRÉSIDENTE DEL ATENEO.



DISCURSO

DEL SR. DR. JULIO CASTRO,

VICEPRESIDENTE DEL ATENEO.

SEÑORES:

LA sección de ciencias morales y políticas del Ateneo científico y literario de Quito me ha encargado que la represente, llevando la palabra á su nombre, en la inauguración de la expresada sociedad. Vengo á cumplir tan honrosa comisión, aunque, para hablar con el desenfado y galanura que tan importante asunto requiere, sería menester el inapreciable dote de una voz más robusta y armoniosa que la mía. Paso el último tercio de mi vida en árida región, la de los penosos deberes de la magistratura; y, bien lo sabéis, señores, la brillantéz de la frase, la sonoridad de los períodos, la grandilocuencia en los conceptos, surgen raramente de en medio de las austeras apreciaciones concernientes á las contiendas judiciales. Así, la distinción con que se me ha favorecido, al designarme para que pronuncie este discurso de inauguración, á nombre de una de las secciones del Ateneo, importa solamente un mero acatamiento á los años. Y tal acatamiento enaltece aun más á quienes lo han rendido, que á quien de él ha sido objeto; porque manifies-

ta que la juventud de mi patria, no obstante la inquebrantable fe que le alienta, en orden á su noble misión para lo porvenir, anhela consultar los consejos de la experiencia, y se inclina ante los que la han precedido en la agria vía que se apres-
ta á seguir.

El Ateneo científico y literario de Quito, con arreglo á la base primordial de sus estatutos, se propone cooperar al adelanto de las ciencias, artes y bellas letras. A nuestra sección corresponde, por lo tanto, una parte importantísima de tan delicada labor: la de propender á que la organización política y social de nuestros pueblos avance, siquiera sea lenta y paulatinamente, pero con paso firme y seguro, en la senda de su perfeccionamiento. Toda aspiración generosa á este respecto, es nada más que una consecuencia del poderoso impulso que mueve á las diversas agrupaciones de que se compone la Humanidad, á que busquen las combinaciones más adecuadas para la buena organización del Poder público, y para su propia organización social.

¿Y es evidente, por ventura, esa labor lenta, pero incansable y constante, de la Humanidad por su perfeccionamiento social y político? Para convencerse de ello basta volver por un momento la vista hacia los tiempos pasados, y comparar las sociedades de hoy con las antiguas. Y no temáis que, alumbrando mi camino con el fanal de la Historia, emprenda correrías que sería difícil efectuar en el recinto asaz estrecho de este discurso. Así, mi brevísima excursión retrospectiva no irá más allá de lo indispensable.

Halagador es el cuadro que á una imaginación exaltada ofrece el castillo feudal, asentado, cual los nidos de nuestros cóndores, en el áspero perfil de la montaña. Vedle allí, con sus guerreros de alta cimera y accrado peto, que aguardan impacientes la orden de embrazar los escudos y saltar sobre los corceles; con su atalaya vigilante y cauteloso, que se apresta á dar la voz de alarma desde la plataforma del almenado torreón; con su fiel castellana, anhelosa por distinguir, entre los rumores traídos por el viento, el del lejano clarín, anunciador de la vuelta del noble caballero; con su amartelada doncella, soñando despierta en el gallardo mancebo que lleva los colores de la hermosa, y rompe lanzas por ella en los torneos; y con el trovador errante, que paga la hospitalidad señorial, cantando trovas de amor, ó las proezas del héroe normando, fundador del señorío. Y todo ese conjunto fascinador, las más veces convencional y de pura fantasía, que tan admirablemente se presta para fondo de decoración de grande ópera, lo han de echar de menos indudablemente muchos poetas románticos, mal avenidos con la época presente, algo prosaica y positiva.

Pero los que se imaginan que la poesía ha perdido mucho con el aniquilamiento del feudalismo, pueden conjurar el encanto y hacer que se evaporen tan risueñas imágenes, con sólo contemplar la suerte infausta de los pecheros, cuya vida, honra y hacienda dependían de los señores de horca y cuchillo, que les colgaban alto y corto de las almenas de los torreones, y que descendían de sus

guaridas señoriales, cual hambrientas aves de rapaña, á sembrar el espanto y la desolación por donde quiera. ¡Oh no! Muy viciosa, esencialmente viciosa tenía que ser la organización política de una sociedad compuesta de pecheros así tiranizados y sin ninguna clase de derechos, y de una raza privilegiada, de rudos guerreros, á quienes todo era permitido, ora por la naturaleza misma de las instituciones, ora porque eran los más fuertes.

De la contraposición de intereses nació la lucha, pausada y lenta, pero progresiva; y robusteciendo desde luego el poder real, con detrimento del de los señores feudales; y conquistando y defendiendo después palmó á palmo las franquicias comunales, con detrimento del poder real, hemos venido á parar, á la postre, en el Gobierno republicano, electivo, alternativo y responsable á que hoy propenden casi todas las sociedades modernas. No es la última expresión de la ciencia política; y lo prueba la sorda agitación que aún conmueve el seno de las mentadas sociedades, cuando se trata de robustecer, por una parte, el principio de autoridad, y de asegurar, por otra, los derechos individuales; pero, de todos modos, es notabilísimo el adelanto, y corresponde á la penosa labor emprendida durante una larga cadena de siglos. Y aun más se habría adelantado, si no fuera porque, como dice un eminente pensador, cuya reciente muerte deplora España, D. Manuel Alonso Martínez, "*por una reacción muy natural y que parece ley providencial de la Historia, el individuo se enalteció hasta el extremo de querer construir su regia morada*

sobre los escombros de todo lo demás;----- y por eso, en el orden político, la idea de libertad, pujante y majestuosa en su aparición, se debilitó más tarde, dividiendo á sus partidarios en grandes agrupaciones, para perderse después en fracciones microscópicas que se dispersan, como el polvo, al viento de las pasiones, y que carecen de fuerza para resistir las aspiraciones ilegítimas de las muchedumbres".

Pasemos, ahora, á las instituciones civiles. Las del Lacio, molde en que han fundido las suyas casi todas las naciones modernas, son consideradas, y con razón, como indestructibles monumentos de previsión, de oportunidad, de sabiduría. Y sin embargo, entre las cien conquistas, á cual más importantes, hechas por las expresadas naciones, os citaré únicamente tres, que acaso han sido las más trascendentales. La primera es la abolición de la esclavitud que convirtió al hombre en mercancía de libre tráfico, sujeta á las leyes generales que arreglaban el dominio y señorío del propietario respecto de sus semovientes. La segunda es la nueva organización de la familia, levantando á la esposa de la humilde y precaria condición que antes tuviera. Y la tercera es la abolición de los mayorazgos, triste legado del feudalismo agonizante, que trataba de prolongar su existencia, encastillándose en esa institución, como en última reserva. Bastan esas tres conquistas para que la Humanidad no se considere estacionaria, y antes bien se ufane con

el movimiento de impulsión que recibiera y que tan lejos la ha conducido.

Y en cuanto á la legislación penal, es ese el campo en que más conquistas se han hecho en pro de la Humanidad. Ya los llamados Juicios de Dios no ponen la justicia á merced del más robusto ó más diestro de los paladines, que sustentaban su derecho con la lanza en el ristre y el hacha en el arzón. Ya los instrumentos de tortura no laceran las carnes y trituran los huesos de los indiciados, á fin de arrancar confesiones dictadas por el dolor más acerbo, avivado con refinada maestría. Ya se extinguieron mucho tiempo ha las hogueras que los Reyes españoles encendieron, para los relajados por la Inquisición. Ya muchos establecimientos penales pueden serlo hasta de regeneración para el alma endurecida, y no se parecen á las antiguas prisiones, á cuyas puertas habría ido bien, en orden al arrepentimiento y á la virtud, la célebre inscripción del poeta florentino, que alguien ha copiado inoportunamente en el frontispicio de una de nuestras casas de corrección: "*Dejad allí toda esperanza, vosotros los que entráis*".

He aquí que, sin salir de mi propio terreno, la ciencia del Derecho, os he demostrado á vuela pluma, que es innegable y evidente la labor, si bien lenta pero incansable, de la Humanidad por el perfeccionamiento de su organización social y política, hasta donde tal perfeccionamiento es compatible con lo limitado del humano poderío. He aquí demostrada también la importancia de las tareas de los que hoy se afilian entre los obreros

de la civilización, á fin de procurar el adelanto de las ciencias que atañen á la expresada materia; laudable labor que ha de ser empleada en no ingrato terreno.

Y no hay que desalentarse al considerar que también ha tenido la sociedad sus períodos de estancamiento, de atonía y aun de retroceso; pues, como dice ese mismo publicista español ya citado, *"el progreso de la Humanidad no se asemeja ciertamente al movimiento de las mareas, en que el mar avanza y se retira, pero sin ganar en definitiva un palmo de tierra, ni aumentar el caudal de sus aguas: es un movimiento pausado, irregular, pero progresivo, aun que con desviaciones y retrocesos, y no hay poder humano que alcance á construir un dique para contener el oleaje, siempre creciente, de las ideas que germinan y germinarán en la humana inteligencia"*.

Acaso arredre á nuestra juventud estudiosa la grandiosidad de los monumentos que en el viejo y el nuevo continente se han levantado, en orden á las ciencias morales y políticas. Razón demás para emprender la ardua labor con perseverante empeño, teniendo delante modelos de tal valía. Y luego, en el Ecuador no es planta exótica el ingenio, en sus múltiples manifestaciones. Aquí se aglomeraron y fundieron todos los elementos de la poesía, para formar la mente poderosa de Olmedo. Aquí la fecundidad y galanura de la palabra vivificaron los labios de Mejía, para que de ellos se desprendiera un torrente de elocuencia varonil é irresistible. Aquí, de la universalidad de conoci-

mientos acumulados en una sola y pujante cabeza, resultó ese portento de erudición y sabiduría que tuvo por nombre Fr. Vicente Solano. Aquí se atrajeron y combinaron los gérmenes flotantes en las regiones artísticas, para producir un grandioso monumento arquitectónico, que es el templo de la Compañía, y para continuar las tradiciones de la Escuela sevillana de pintura, en los brillantes cuadros con que Miguel de Santiago adornó los claustros de San Agustín. Aquí sólo se espera que sea menos precaria la suerte de los escritores, y que la literatura llegue á ser una ocupación productiva, para que la patria se ufane con tesoros literarios de incuestionable valor, como los que actualmente la ofrecen el Dr. González Suárez y el Padre Proaño, en el terreno de la Historia y el de la Filosofía, infatigables hermanas que eternamente trabajan en pro de la sociedad humana, la una desplegando el cuadro de sus dolencias, y la otra analizando las sustancias corrosivas que las producen.

Cierto que, á causa de esa inseguridad de suerte de que os acabo de hablar y que es, por lo común, el lote del literato ecuatoriano, son pocos, muy pocos, los libros de ciencias morales y políticas que hoy podemos ofrecer á los demás pueblos de la América latina; pero no por eso es menos valioso nuestro caudal literario á tal respecto. Examínense, en efecto, con ojos escrutadores, nuestras porfiadas luchas en el palenque de la legislación ó en la candente arena del periodismo; y aun sin evocar las sombras de ilustres fallecidos, se

encontrará que Flores, Carbo, Poncc, Salazar, Espinosa, Cárdenas, Borja, Cevallos, Mera, Enríquez, Portilla, Tobar, Casares, Gómez Carbo, Carbo (Luis Felipe), Roca, Valverde, Yerovi, Vela, Borrero (Antonio), Cordero, Matovelle, Vázquez, Peralta, y cien más, que hoy forman la brillante legión de prosadores ecuatorianos, han discutido y analizado los más delicados problemas de la ciencia económica, los más importantes principios del orden constitucional y administrativo, las más escabrosas cuestiones de organización social: cada uno según la escuela política á que pertenece, cada cual acercándose más ó menos á la verdad, ó alejándose de ella; pero casi todos con brillantéz, donaire y galanura. A la animosa juventud afiliada hoy en la sección de ciencias morales y políticas del Ateneo, corresponde cooperar á tan importante tarea; y suyas serán las labores fructuosas de la nueva institución científica y literaria, en la cual, á los hombres de edad provecta nos toca únicamente la parte directiva.

Os dije, al comenzar este discurso, que es agria la vía por la cual transitan los que se proponen trabajar en el mejoramiento social. Así es en efecto. Soldados del progreso, se lanzan con ardor juvenil hacia el blanco de su patriótico anhelo, y las más veces caen desfallecidos, al comienzo mismo ó en medio de su carrera, que encuentran sembrada de amargos desengaños y negras ingratitudes. No importa: nuevos luchadores ocupan ventajosamente el lugar de los caídos; y si, por lo regular, llegan muy pocos á la meta apetecida,

todos los demás han sido también obreros de la civilización, y ni sus esfuerzos han quedado estériles, ni puede considerarse mal gastado el óbolo puesto para la obra común hasta por los más humildes.

Seguid, pues, adelante, jóvenes de ánimo levantado y de generosas aspiraciones que os aprestáis para la lucha soñando con la gloria y esperando recibir las caricias de la fama. Algunos encontraréis, acaso, abiertas de par en par las puertas del templo de la inmortalidad; y á los que vean desvanecerse sus sueños de gloria y de ventura, les quedará algo que vale más: el sentimiento del deber cumplido y los resultados de la común labor en cuanto al progreso de la Patria.

HE DICHO. .

POESIA

DEL SR. D. LEONIDAS PALLARES ARTETA,

MIEMBRO DE LA SECCIÓN DE LITERATU-
RA Y BELLAS ARTES.

POESIA

DEL SR. D. LEONIDAS PALLARES ARTETA,

MIEMBRO DE LA SECCION DE LITERATURA
Y BELLAS ARTES.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

AL ARTE.

¡Genio del arte, salud!
Donde tu poder impera,
Allí la luz reverbera
De una eterna juventud;
 La cítara y el laud,
La paleta y el pincel,
Y la escuadra y el cincel
Cobran en tu mano vida,
Y está tu frente ceñida
Del triunfo con el laurel.

*
* *

Sopla tu fecundo aliento
En la mente del poeta,
Y surge como ola inquieta
La llama del pensamiento;

Y cual sus alas al viento
Tienden abejas doradas,
Tropel de rimas aladas
Va de la lira brotando,
Y las almas despertando
Con esperanzas soñadas.

La Poesía es el acento
Con que expresa la belleza
De la alma naturaleza
El profundo pensamiento.

Vida le da el sentimiento,
Le da alas la inspiración,
Y en perdurable ascención,
Al tender el raudal vuelo,
Siembra de estrellas el cielo,
De flores el corazón.

Escucha la humanidad
La palabra del poeta
Como la voz del profeta
Que lee en la inmortalidad:

Y el verbo de la verdad
Que resplandece en su boca
Va animando lo que toca,
Y del corazón humano
Brotan raudal soberano
Como el agua de la roca.

El huracán que rugiendo
Se arremolina y revienta,
Fustigando la tormenta
Que va las nubes barriendo;

El relámpago tremendo,
Que parece la saeta.

De luz, que arroja un atleta,
Cuando en el espacio estalla
Como reñida batalla
La tempestad no sujeta;

El volcán estremecido
Bajo su manto de hielo,
Que arroja intrépido al cielo
Su fuego mal contenido;

El oceano embravecido
Que sacude la melena,
Y la inmensidad atruena
Con su rujido salvaje,
Al ir loco de coraje
A retorcerse en la arena;

La umbrosa selva poblada
De misteriosos rumores,
La voz de alados cantores
Que saludan la alborada;
Y la flor enamorada
Que abre su cáliz temblando
Al beso del aura blando;
Y la noche que en el cielo
Extiende el oscuro velo
Que va de estrellas bordando;

El sol que conduce al día
En su carroza dorada,
Y la luna plateada
Que inspira melancolía;

Todo es luz y poesía
Y germen de inspiración;
Y del bardo el corazón
Es armónico instrumento

En donde vibra el acento
De la universal creación.

Del uno al otro confín,
Donde lo sublime alienta,
El poeta se presenta
Cual gallardo paladín;
Y tienen en él, al fin,
La fe su mantepedor,
Su mártir la libertad,
El progreso su cantor,
Su sacerdote el amor,
Su heraldo la humanidad.

* * *

La Música, dulce acento
De alma que sufre esperando,
Va do quiera despertando
El amor y el sentimiento;
Y como al soplo del viento
Las hojas se balancean,
Cuando el oído recrean
Sus divinas vibraciones,
Los humanos corazones
Palpitan y centellean.

El arpado ruiñeñor
Que, de la selva en el seno,
De dulce zozobra lleno,
Canta el himno de su amor;
El alegre pescador
Que ve la luz del hogar
Desde la espuma del mar,
Y en el frágil barco avanza,
En sus ojos la esperanza,
En sus labios un cantar;

El trovador caballero,
Que arrastra del almenado
Castillo en el enlosado
La rica hoja de su acero;
Y, de amor y orgullo fiero,
Eleva dulce canción,
Donde vibra la pasión
Con tan íntima inquietud
Que parece su laud
La voz de su corazón;

El viento que azota rudo
Con sus ráfagas terribles
Las rocas incommovibles
Que son á su rabia escudo;
El león fuerte y membrudo,
Que en el desierto escondido
Lanza salvaje rugido;
Y la parladora fuente
Que remeda dulcemente
Un amoroso gemido:

Toda la naturaleza
Es torrente de armonía,
Do el dolor y la alegría
Han unido su belleza:
Padece con la tristeza,
Sonríe con el placer,
Y es tan grande su poder
Que vence la voluntad,
Pues la Música es deidad
Que tiene voz de mujer.

En la ardiente juventud,
Cuando el alma es de amor nido,
Tiene entonces su sonido
Sueños, calor, inquietud;

Y al llegar la senectud
Con su hielo y su rigor,
Hay en ella tál dolor,
Que nos parece escuchar
En una nota vibrar
Toda una vida de amor.

Como una lengua divina
Penetra hasta el corazón,
Si del baile en el salón
Habla y canta, arrulla y trina:

El sentimiento domina
Y acompaña la bondad,
El amor, la soledad;
Y buscan sus vibraciones
En el mundo las pasiones
Y en el templo la piedad.

*
* *

En el sol que el aire dora,
Del iris en los colores,
De la luna en los fulgores
Y en las tintas de la aurora:

La Pintura creadora
Empapa el fino pincel,
Y van brotando de él,
Cual por encanto cuajadas,
Las mil visiones forjadas
Por Murillo y Rafael.

Recoje el pálido rayo
Que rasga el bosque umbrío,
Y la gota de rocío
Sobre las flores de Mayo:

Del sol poniente el desmayo
Sobre la agreste montaña,
En la rústica cabaña
El humo azul del hogar.....
Y va en la tela á fijar
La luz que su mente baña.

• Mirad alzarse la historia
Sobre el lienzo del artista,
Y pasar á nuestra vista,
Quedando en nuestra memoria,
Las hazañas y la gloria
De siglos que ya no son,
Y en luminoso turbión
La pléyade de los hombres
Que llenaron con sus nombres
Al mundo de admiración.

El genio de la Pintura
Tiende el manto de colores,
Bordado de astros y flores,
Que al beso del sol fulgura;
Y baja desde la altura
Con misterioso rumor
A la mente del pintor,
Que contempla en un momento
Cuajarse en su pensamiento
La fe, la gloria, el amor.

*
* *

La piedra insensible y dura,
Bronce y mármol desentierra
De los antros de la tierra
Con su mano la Escultura;
Luégo la materia oscura

Rasga el cincel á través,
Y potente cuál Moisés
La piedra hace palpar
Y de su seno brotar
Viva figura después.

Todo su poder domina;
Es fábrica de la idea
Do el genio relampaguea
Con una aureola divina;

La tosca mole se inclina;
Y atónita, electrizada,
Para salir de la nada,
Espera el *fiat* creador
Del inspirado escultor
Que le clava la mirada.

Deucalión que hace el portento
De ir en hombres trasformando,
Las piedras que va animando
Con los rayos del talento:

Al conjuro de su acento
Se alzan en sus pedestales
Las figuras colosales
Que en una y en otra edad
Admiró la humanidad
Por sus hechos inmortales.

* * *

Emula de la natura,
Que se le rinde admirada.
Con la escuadra y la plomada
Es titán la Arquitectura.

El hierro y la roca dura
Son de su genio trofeos,
Y llena en nobles arreos,

De villas las soledades,
De palacios las ciudades,
Los palacios de museos.

La palma de la victoria
Alza en la potente diestra,
E iluminada se muestra
Con aureola de gloria;

Y quedan para memoria
De su carrera triunfal
El Louvre y el Escorial,
El Coliseo romano,
La Alhambra y el Vaticano,
San Pedro y el Quirinal.

* * *

El arte! genio que brilla
Y en la luz del alba flota,
Y en la ola inquieta que rota
Viene á morir á la orilla;

En la flor que abre sencilla
Su cáliz á la mañana,
En las nubes de oro y grana
Que cubren el horizonte,
En la cúpula del monte
Y en la inmensidad lejana.

De la hermosura el encanto
Vierte como miel hiblea
En el cuadro y en la idea,
En la estatua y en el canto.

Cual el cielo azul, su manto
Cobija todo lo bello,
Y do quiera imprime el sello
De su grandeza inmortal,
Pues del Supremo Ideal
Son las artes el destello.